



JAIME GROSSMAN

CONTRA VIENTO Y MAREA

Una agitada elección presidencial, el terremoto del año 65, el desafío de edificar bajo el agua y su debut como único profesional del rubro en la sociedad que armó con sus hermanos, no fueron obstáculos para que Jaime Grossman lograra dar vida al edificio Flamingo, el que hasta hoy sobrevive en Viña del Mar.

Texto y foto Daniela Hernández Rodríguez

Corrían los años 60. Jorge Alessandri Rodríguez, hijo del “León de Tarapacá”, era Presidente de Chile. Se daban las primeras pinceladas a la Reforma Agraria y las movilizaciones sociales eran la antesala de las elecciones de septiembre del 64. En ese escenario Jaime Grossman, en sociedad con sus hermanos, inició la construcción del edificio Flamingo; una estructura de locales comerciales y departamentos de diez pisos, que tenía su base de edificación bajo el agua. “Esa fue mi primera experiencia de fundar en agua. Más bien, bajo ella, porque la cota de fundación estaba por debajo del nivel de la napa de agua”, recuerda Jaime Grossman.

Cierra los ojos por un momento y recuerda... Esa obra, de aproximadamente 4.500 metros cuadrados construidos, fue la primera incursión con sus hermanos como socios y donde él era el único profesional del rubro. Jaime se tituló de Constructor Civil lejos de su ciudad natal para evitar caer en la perpetuidad del “negocio familiar”. “Nací en Valparaíso, estudié en el Liceo Eduardo de la Barra desde cuarto preparatoria hasta sexto de humanidades. Mi padre, que murió cuando yo tenía diez años, era dueño de un negocio que manejábamos todos. Pero no quería terminar ahí, así que me fui a Santiago a estudiar a la Universidad de Chile”. Ya egresado empezó a trabajar

haciendo casas a conocidos y familiares. En eso estaba cuando decidió volver a la Quinta Región y unirse a sus hermanos.

Los recuerdos de esa época de a poco emergen de los pensamientos de Jaime Grossman. El edificio Flamingo no sólo representa su primera experiencia a nivel técnico, sino también a nivel laboral y en su relación con los trabajadores. Dada la complejidad de la obra -pues había que tratar muy bien el terreno para remover, sacar el fango y dejar la capa de arena limpia-, lo más importante era mantener la pulcritud de la base sobre la cual se levantaría el edificio. “Tenía que estar todo muy limpio y despejado. Un día, en el segundo turno que trabajaba de noche, un carpintero lanzó un tablón hacia abajo, a tres metros y medio de profundidad, que afectó lo que habíamos estado haciendo en la jornada. Al ver eso, yo reprendí al carpintero diciéndole un garabato irrepetible a lo cual él contestó ‘está bien, pero podría decírmelo de mejor forma’. Después lo llamé para hablar con él y le dije que tenía toda la razón en el reclamo, así que le pedí disculpas, aunque igual me vi en la necesidad de despedirlo. Ese fue mi primer choque laboral”, cuenta. El segundo fue un poco más auspicioso para ambas partes.

Resulta que era época pre-eleccinaria: Frei Montalva, Allende y Julio Durán estaban disputando el sillón presidencial. En ese contexto, a Jaime Grossman le llegó un

pliego de peticiones de sus trabajadores, el que también fue enviado a la Inspección del Trabajo, pero antes Jaime reunió a los obreros y dialogó con ellos. “Les dije que consideraba que no estaba bien que me hayan pedido a mí lo que querían y que, al mismo tiempo, lo hayan hablado directamente con la Inspección. Además ofrecí discutir algunos puntos que pensé era justo concederlos y llegué a un acuerdo con la mayoría de los trabajadores. Después igual tuve que ir a la Inspección, porque me habían citado. Finalmente fue un problema de negociación, aunque fue la única vez”.

Las cosas estaban agitadas, literalmente hablando. Eduardo Frei Montalva había sido electo Presidente del país con el 56% de los votos y era momento de la Revolución en Libertad. En tanto, en las obras del edificio Flamingo correspondía comenzar con la puesta de los vidrios. El proveedor entregó los cristales y los dejó apoyados contra la pared por unos días, antes de comenzar la instalación. Ahí estaban cuando llegó el terremoto del 65. “Fue un domingo en la mañana. No quedó un vidrio en pie”, comenta Jaime, y recuerda que la réplica del terremoto fue con el proveedor de los materiales. “Él habló conmigo al día siguiente y me dijo ‘bueno, yo ya te había entregado los vidrios, así que no es problema mío’. Ante eso respondí que yo había comprado los vidrios colocados y eso claramente no ocurrió. Entendí mis argumentos pero me pidió tiempo, dos

o tres semanas. Su razón la comprendí inmediatamente: debía reponer los vidrios de las casas particulares, pues no era conveniente ni apropiado tener a la gente sin vidrios en sus casas". Todo eso significó un atraso en la obra, pero era de suponerse: hubo un terremoto.

Entre altos y bajos, el tiempo de construcción duró alrededor de 18 meses. En ese período Jaime y sus trabajadores dieron forma a un edificio cuya característica

principal era el hormigón a la vista y los aleros en forma de curvas hacia arriba. "Fue un bonito trabajo", dice.

Otra curiosidad de la estructura era su acceso. Para ingresar había que pasar por una especie de puente de más o menos dos metros de ancho, que no tenía baranda y que, en su época, pasaba sobre el agua. El arquitecto, cuenta Jaime Grossman, "no quería ponerle baranda y no lo hizo. Lo cómico era que todas las señoras que pasaban por

ahí, cruzaban el puente sujetándose de la cartera como una reacción natural".

La ciudad ha crecido de manera considerable, pero el Flamingo sigue en pie en la calle Valparaíso, casi esquina Ecuador. "Hace tiempo que no paso por allí", reflexiona Jaime Grossman, quien actualmente está detrás de una agencia de viajes, retirado de las pistas de la construcción y viviendo de forma permanente en la Quinta Región. **EC**

